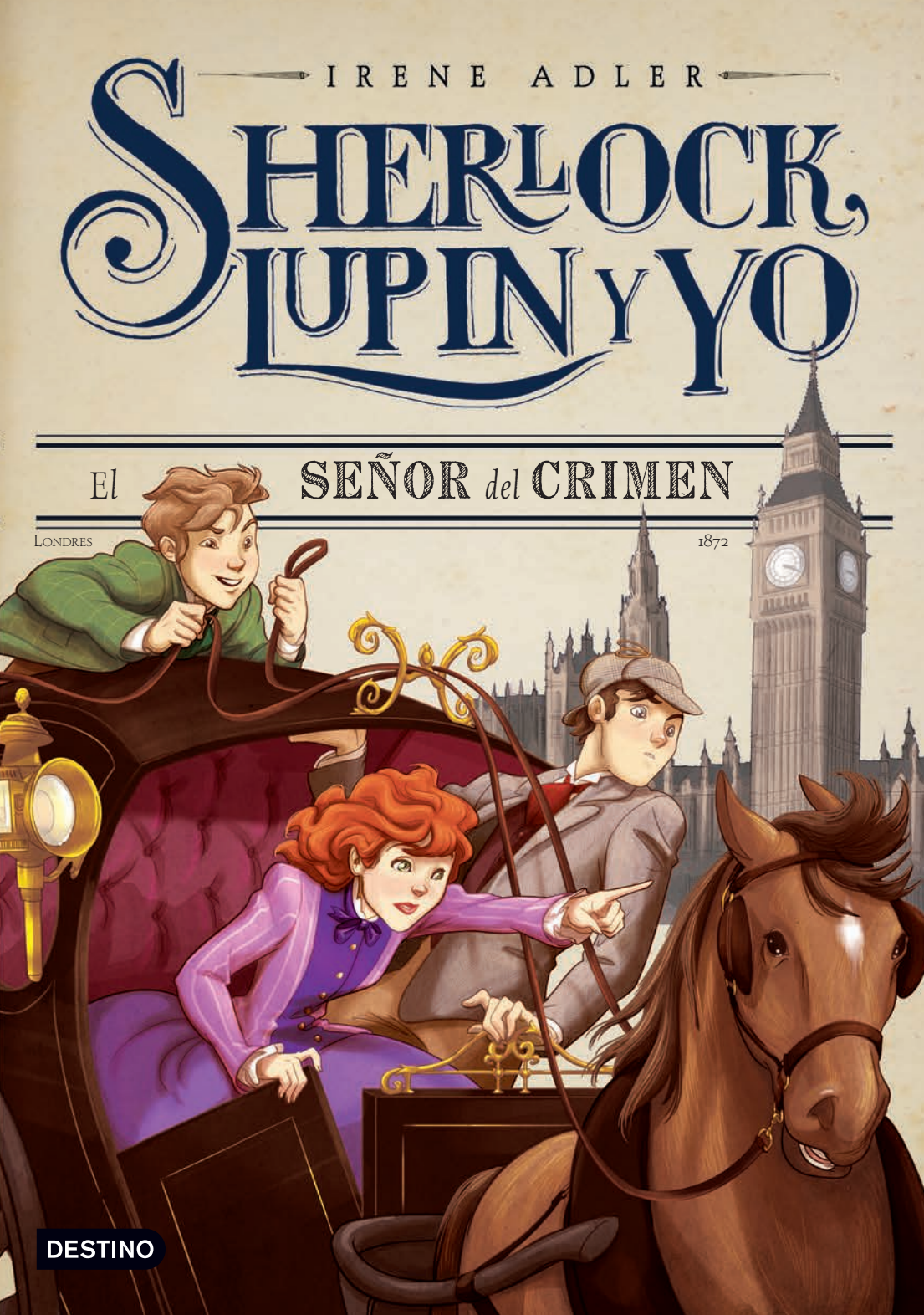
IRENE ADLER

# SHERLOCK, LUPIN Y YO

## El SEÑOR del CRIMEN

LONDRES 1872



DESTINO

Irene Adler

# El señor del crimen

DESTINO

Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantyca S.p.A. tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

Título original: *Le signore del crimine*
© de la traducción: Miguel García, 2016

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2015, Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia
© 2017, de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Un proyecto de Pierdomenico Baccalario
Una historia de Alessandro Gatti a partir de la correspondencia de Irene Adler
Proyecto y realización editorial: Atlantyca Dreamfarm s.r.l.
Diseño gráfico: Iacopo Bruno
Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A.

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia – foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: marzo de 2017
ISBN: 978-84-08-16914-7
Depósito legal: B. 2.633-2017
Fotocomposición: Aura Digit
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar a Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

# UNA SEÑORA EN CARRUAJE

Si alguna vez mi madre se hubiera imaginado lo que yo iba a acabar haciendo con su vestido preferido, creo que ni se lo habría comprado. Y tampoco me lo habría dejado en herencia, junto con todos los demás. Desde hacía ya semanas, desde la llegada de la bella estación, los habíamos amontonado todos en mi habitación, delante de los armarios abiertos,

para ver cuáles me valían y decidir qué hacer con los demás. Me ayudaban la señorita Fowler y el pobre señor Nelson, que no solo no sabía gran cosa de vestimenta femenina, sino que continuamente tenía que salir de la habitación en la que me los probaba para no correr el riesgo de ver en paños menores a una señorita de buen nombre como yo (esas palabras eran suyas, naturalmente).

A mí, después de todas las aventuras que habíamos vivido juntos, que el señor Nelson me viera o no en ropa interior me importaba poco. Ya fuera porque, pese a mis catorce años, eran más bien escasas las redondeces que podían adivinarse bajo dichos paños menores o bien porque el señor Nelson era para mí como un segundo padre.

Lo cual hacía el asunto bastante complicado, dado que mi padre, Leopold Adler, el rico industrial del acero, en realidad no era mi verdadero padre. Por lo que sabía de mi verdadero padre, hasta habría podido serlo el señor Nelson si no hubiera sido por la diferencia de color de nuestra piel, la suya como la caoba del salón después de que la señorita Fowler le pasara el aceite, y la mía, en cambio, terriblemente pálida, con pecas y ese no sé qué de lechoso

que me identifica irremediablemente como una chica del norte. Era flaca, muy alta (en el último año había crecido de manera sorprendente y ahora mi estatura rozaba la de mis amigos) y con el cuello largo y torneado. Era bonita, muy bonita. Me lo decían a menudo. Y eso me obligaba a constatar que, más que halagarme, me fastidiaba. Por suerte, cuando salía de casa prácticamente nunca iba sola, sino que podía contar con la compañía, casi constante, de dos inseparables guardaespaldas: mis dos grandes amigos Arsène Lupin y Sherlock Holmes.

Pero quizá fuera yo la única en pensar que aquello era una suerte, porque ni el señor Horace Nelson ni mi padre estaban contentos con aquel trato asiduo. Los motivos son fáciles de imaginar: con Sherlock y Arsène vagabundeaba por la ciudad, a menudo me saltaba las clases de canto (de las que, solo pocos meses antes, había jurado que serían mi única ocupación) y, en resumen, me arriesgaba a no aprovechar ninguna de las oportunidades que mi padre podía garantizarme.

Después de unos meses en que mi instrucción había sido confiada a un absorto preceptor, me habían ma-

triculado en el Holcombe College, una escuela privada femenina a las puertas de la ciudad, por acudir a la cual muchas de mis coetáneas se habrían arrancado el pelo. Yo la encontraba terrible. Rezábamos más de lo que estudiábamos historia y geografía. Y dedicábamos más tiempo a aprender a sentarnos bien a la mesa que a las matemáticas. Una sola vez había tratado de hablar, en clase y ante nuestra profesora (demacrada y pálida como una cabra albina) de los descubrimientos que el señor Charles Darwin publicó precisamente en aquellos años y, por toda respuesta, me convocaron urgentemente al despacho de la directora.

—¿Cómo han llegado a sus manos esas impúdicas lecturas, señorita Adler? —me había preguntado ella con un ceño fruncido de novela.

—Por mi padre, señora —le había contestado, haciéndola ponerse más pálida aún de lo que estaba—. Tiene todos los libros del señor Charles Darwin sobre su mesilla. Y hoy, en el desayuno, ha dicho que valdría la pena financiar sus estudios, signifique esto lo que signifique.

Esa respuesta me había costado un castigo y una

carta a casa en la que se convocaba al pobre Leopold al mismo despacho.

—Irene, querida, estoy bastante preocupado por la marcha que están tomando tus estudios... —me había dicho esa noche mi padre, que se sentía en la obligación de regañarme de alguna manera.

Pero no le había salido bien. Porque, después de todo, simpatizaba conmigo. Y eso suponía, en el fondo, que tampoco podía desaprobar a mis amigos.

Éramos un trío en aquellos tiempos. Unos tiempos que, sin embargo, estaban llegando a su fin (aunque yo no lo supiera todavía), y por mi culpa. Nos unía el mismo espíritu rebelde y una cierta actitud desinhibida ante la vida, y nos separaban, en secreto (aunque yo comenzara a darme cuenta vagamente), algunos sentimientos adolescentes confusos que de vez en cuando refulgían entre nosotros. Pero no eran oro, como entonces me parecía, sino más bien esquirlas de mica que brillaban al sol.

Sherlock, aunque entre los delirios del sueño, una vez me había estrechado contra sí —y besado— como se estrecha a una amante (al menos por lo que yo sabía

por algunas novelas). Y también Arsène me había besado, pero no en un delirio mientras dormía. Y no solo una vez.

Yo también lo había besado, y es inútil perder el tiempo con falsos pudores cuando se escribe para una misma: me había gustado. Habría querido besarlo de nuevo si hubiera sido posible. Y si no hubiese temido que aquellos besos terminaran por romper el equilibrio de nuestro aventurero trío.

Eran esos, pues, mis sentimientos cuando, en el carruaje que nos llevaba a Kennington Oval el 16 de marzo de 1872, trataba de ponerme, sin estropearlo demasiado, el vestido de gran dama de mi madre para encarnar el papel de una aristócrata invitada a asistir a la final de la Copa de Inglaterra para la que mis dos amigos habían comprado entradas.

O al menos eso me habían hecho creer.

—¿Me echáis una mano? ¿O es que vais a quedaros mirando todo el tiempo? —les pregunté mientras me volvían loca los corchetes del vestido y el carruaje se sacudía sobre las calles irregulares de Londres.

—Si por mí fuera, yo me quedaría mirando... —me

respondió Arsène, tan impertinente como siempre, torciendo la cabeza un momento para lanzar una mirada a mi espalda medio desnuda.

A su lado, Sherlock, en cambio, tenía una expresión de desdén que no era ninguna novedad. Aquella mezcla de rigor y rechazo frente a mi naturaleza femenina lo hacía más semejante a un avestruz (la nariz larga, puntiaguda como un pico, y el pelo alborotado como un plumaje) que al genio de la lógica que yo había tenido la suerte de conocer.

—¡Oíd! —exclamé—. Si queréis que baje con vosotros, necesito ayuda… ¡ya!

Los dos se afanaron en seguir mis indicaciones. Tenían que apretar, hacer casar y abrochar, y pude notar todas sus vacilaciones, esa combinación de cautela y asombro de cuando alguien de repente se da cuenta de cómo están hechos los demás.

El carruaje se detuvo al fin justo delante de la entrada principal del Kennington Oval. El cochero, que había visto montarse en el vehículo a dos muchachitos y una chiquilla, con mirada impasible vio bajarse a dos

caballeros y una señora, que vestía para la ocasión un magnífico vestido de tarde abrochado de una manera bastante original, por decirlo de algún modo.